



LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º

Apartado 547.

Horas: de nueve mañana á una tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

- CÉSAR JALÓN
Sección vermouth.
- JOAQUÍN SEGURA
El mejor perfume.
- EDUARDO ZAMACOIS
Carta de mujer.
- CATULO MENDES
El peor suplicio.
- A. SANCHEZ PÉREZ
La Nochebuena en el teatro.
- ANGEL G. LUGEA
Misterio.
- FRANCISCO DE LA ESCALERA
Armiño.
- MARIANO PADILLA
El diagnóstico.
- LUIS SANZ FERRER
Cantares baturros.
- PACO MATEOS, TINO, STRI-
NO, PÍCARO y RINCÓN
Varios dibujos y retrato de
Julia Palacios, «Judith».



5 céntimos

JULIA PALACIOS, «JUDITH».

Herencia de la Región de Madrid. Una brillante "tournée", por Asturias.

SECCION VERMOUTH

Crónicas serias.

NADA tiene de extraño que los periódicos, y las personas, y hasta los animales—éstos, con mayor motivos—dediquen una buena parte de su existencia á los toros, en general, y á los toreros, en particular, pública y privadamente.

Alguien dijo, no sé con cuánta razón, que el único personaje decente de la fiesta taurina es el toro; pero, por lo visto, eso no pasa

EL GRAN SUSTO



—Me ha contado éste que han entrado ladrones en tu casa.

—Sí, chica. No; hemos llevado el gran susto. Aunque el más gordo se lo ha llevado mamá.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Se ha llevado al atleta del Circo, y aún no ha vuelto...

de ser una genialidad como otra cualquiera, muy bella para dicha y muy inconveniente para tomarla en cuenta cuando nos encontramos frente á un coletudo de categoría.

Los buenos aficionados de antes estimaban en su justo valor al torero en la Plaza de Toros, y apenas se preocupaban de él en la plaza pública.

Las «oficiosidades» y las atenciones callejeras corrían de cuenta de las mujeres de todas las clases sociales y de todas las «castas»—uso el término por lo que tiene de taurino, porque de «castidad» no tiene nada—; las mujeres, repito, desde la princesa altiva á la que pescaba en cualquiera de nuestros acorazados, se encargaban de frecuentar los sitios adonde concurría tal ó cual torero, y de indagar su domicilio para, en un billete perfumado, decirle, sobre poco más ó menos:

«Señor torero: Me ha entusiasmado usted; y si quiere asistir á una corrida nocturna en la calle de X***, entresuelo, le abrirán á usted la puerta á las once y media. En caso de urgencia, llame usted al sereno. ¡Ah! Y no dudo que vendrá, porque bien ha probado usted que no le dan miedo los revolcones.—Suya admiradora,—*Fulana.*»

Claro está que á las mujeres de antaño no les entraba el torero, por excelente que fuese, si no era, además de torero, un buen mozo, mientras que las hembras de hogaño se ríen el héroe taurino y se disputan el premio, aunque el héroe sea un andrajo, físicamente considerado. Pero las mujeres, mujeres al cabo, están disculpadas, porque, verdaderamente, sintiendo que los héroes contemporáneos no sean buenos mozos, no las queda otro remedio que apenar con los que hay.

Lo deplorable, lo digno de censura en cualquier otra publicación más sería que un periódico galante, es el cómo esas oficiosidades femeninas, ese afán de conversar con el torero y darle unos palmetazos cariñositos en el hombro derecho ó en la mejilla del mismo lado, ese «va y ven» en pos de los astros, ha pasado al dominio de los hombres.

En la actualidad, no hay hombre que no sea periodista, ni periodista que no se encargue de llevar y traer, siquiera una vez al año, al «fenómeno», aunque sea para ponerle en ridículo.

Y así se leen informaciones, «interviews», «causeries» y todo género de camelancias que le ponen al lector el estómago del revés en menos que se lo cuentan.

«¡Ah, la tez bronceada del fenómeno de Triana! ¡Ah, cuando el fenómeno sonríe! ¡Si hubiesen ustedes visto la carne apretada debajo de la crujiente camiseta de seda de cinco duros!» Y pregunta el lector: ¿Pero escribe esto Colombine ó el Carretero audaz? ¿Pero que ha pasado allí? Menos mal que todos sabemos que entre Carretero y doña Carmen hay una notable diferencia, afortunadamente para Carretero.

Pues coja usted el diario taurino de la noche: «Posada, el flamenco torero andaluz, repuesto de su dolorosa enfermedad, que tantas lágrimas nos ha costado, volverá á torear el domingo.»

Claro está que no ha habido tal enfermedad, y que todo se ha reducido á que el diestro ha estado sin contrata una quincena; pero, aun existiendo la dolencia, yo creo que

UN DESCUBRIMIENTO

TINO.



—¡Cielos! ¡Las dos juntas! Ahora se va á descubrir todo... Es decir, todo lo mío; porque si fuese lo de ellas...

hay cosas que sólo se lloran por una madre ó por una mujer, sea ó no madre.

Dos líneas más abajo, un telegrama:

«El gran Belmonte ha salido de Sevilla por no poder resistir el calor.»

¡Belmonte, que—como decía *España Nueva*—ha pasado allí toda la vida, hasta hace tres años, «comido de sífilis y de piojos!»

¿Verdad, lectores, que esto es tristísimo? ¿Verdad que la fiesta taurina da á sus actores demasiado prestigio? Porque si la admiración de los hombres les hubiese restado la de las mujeres, todo estaría bien, ya que á muchos nos tiene sin cuidado la admiración masculina; pero es todo para ellos, y eso es ya demasiada avaricia.

Por mí, puestos á pactar, me conformo con que me dejen las mujeres, si me las dejan á tiempo...

CÉSAR JALÓN.

EL MEJOR PERFUME

La creación de la mujer fué una fantasía de Dios.

Este augusto personaje formó las mujeres—las rubias, las morenas, las bermejas—para dedicar sus momentos de enojo á contemplar las luchas de amor y ver cómo las mujeres se arrojaban en los brazos de los hombres. Estos son placeres de pachá, es cierto; pero ¡quién se atrevería á afirmar que los pachás no son excelentes y delicados maestros en el arte de gozar?

Sus ojos debían fatigarse con la constante contemplación de aquel espectáculo y, entonces, Dios-Pachá hizo en la piel de las rubias, de las morenas y de las bermejas una inyección de un perfume característico con una jerin-guilla perfeccionada.

¡Ya está aclarado el misterio! Las morenas tienen su perfume especial; otro, las rubias, y las bermejas, el suyo.

A causa de la mezcla de las razas, estos perfumes se han cambiado; de aquí que muchas veces, al aspirar el perfume de una mujer, encontramos la infinita variedad de los olores posibles.

¡Dichosos los enamorados que saben extraer de las flores de su amada los exquisitos efluvios que constantemen-

te exhalan: en este perfume personal está el secreto del irresistible influjo de las mujeres: la fuerza de las morenas, la dulzura sugestiva de las rubias, el predominio feroz y poderoso de todas vosotras, adorables mujeres, que tenéis los cabellos parecidos á los de las Furias.

✱

El perfume carnal de una mujer se encuentra en todas partes. Penetra en sus vestidos, se esparce por la casa: sobre todos los objetos que la mujer toca, sobre todos los muebles en que se reclina: en todas las habitaciones en que se entrega al amor, flota y voltija el sublime perfume que su carne despide.

Un hombre no puede percibir esta esencia avasalladora y fugitiva sin que las ventanas de su nariz se dilaten, sin que su sensualidad se despierte y sus deseos hablen.

Los llamamientos al placer son fuertes ó débiles, según la potencia y la delicadeza del perfume femenino.

¡Oh! No son las embriagadoras rosas las que poseen el mejor perfume; la flor de mejor perfume puede aspirar, cuando más, á parecerse á la encantadora flor que se encuentra en el alabastrino seno de las mujeres, y que semeja un diminuto ramillete, puesto en la cima de una montaña de mármol. Esta flor que tengáis por la primera en belleza y perfume, tiene, cuando más, la fisonomía y el olor de las vírgenes púdicas que sueñan todas las noches con ángeles perversos que las acarician; vírgenes traviesas, capullos indefinibles de mujer que se adormecen con la boca entreabierta, la frente soñadora y todo el rostro envuelto en la inefable expresión reveladora del pueril contento y la fatigas que han encontrado al adivinar infinitas cosas desconocidas.

✱

¿Y el sublime perfume?

Es peligroso, porque tiene el penetrante olor de la verbena, esa aromática planta que produce grata sensación á las delicadas y temibles embriagueces, á los que la aspiran con afán y sin cuidado.

Es el sublime perfume de Mariquita, la princesa cuya mirada deslumbra y daña; de Mariquita, la princesa pervertida que repartió sus caricias y sus

UN PERRO CHICO

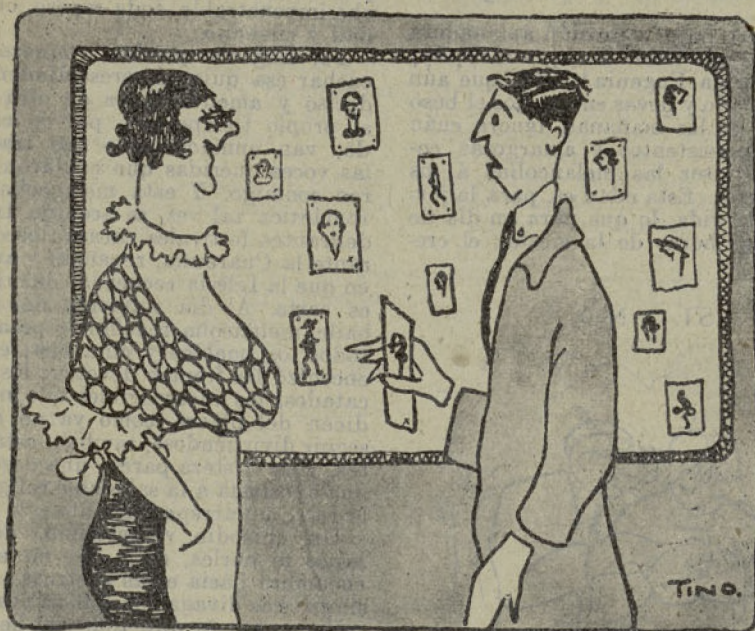


—¿Y es ese el perro que me ibas á traer?

—Claro que sí.

—¡Bah! Pues con ese no tengo yo ni para empezar.

POSTALES



—¿De cabezas, no tiene usted más que esa?

—No. De cuerpo entero, sí; pero de las que usted quiere, no me qued a más que esta cabeza.

—¡Pues está usted fresco!

flores: entre sus numerosos amantes con la misma indiferencia con que en los bautizos se arrojan á los muchachos los «confetis» que ellos reclaman gritando.

Cuando se aspira con afán el perfume de una mujer, se queda ligado á ella por toda la vida.

El íntimo perfume de las morenas es la voluptuosa esencia que penetra en el alma y anima el cerebro.

Mi amada es morena.

Sus senos son blancos como la nieve; sus miradas hieren. Es la incomprensible amada que adora y es adorable, porque se entrega por completo, porque sabe hacerse dueña del que á ella se entrega, porque es la imagen de la voluptuosidad natural y sana que prodiga adormecedores besos de amor.

Tiene mi amada el perfume de las fieras hembras: mezcla de perversidad y de amor celoso é indomable.

Es el vino mezclado con el absinto; el «chaschich» unido á la verbena; la violeta mezclada con el extracto de rosa.

Lujuria extraña é indefinible que embriaga y seduce, que mata vivificando.

✱

El cuerpo de la mujer, formado de flores y de carne, es la confusión de los mejores perfumes.

Todas las flores han dado las esencias más delicadas para formar la carne suave y lujuriente de las mujeres.

Vuestro perfume, mujeres, más que vuestra hermosura, es lo que seduce al amante y le esclaviza á vuestra despótica fantasía, lo que rinde al hombre á vuestro glorioso poderío de adorables reinas. Adorables reinas, que sólo debíais maltratar á vuestros amantes con manojos de flores delicadas.

JOAQUÍN SEGURA.

CARTA DE MUJER

ESCRIBO bajo la presión aplanadora de una tristeza muy grande. ¡Ay, querida Eugenia!... Tú, que aún no has amado y llevas en los ojos el beso luminoso de las mañanas, ignora cuán hondas, persistentes y amargas comienzan á ser las melancolías á los treinta años. Esta edad es, para la jornada de la vida, lo que para un día de verano las horas de la siesta: el cre-

SI... NO...



—Lo mismo te da que salga «1.º ó «no», porque esta tarde va á ser de todas maneras.

—Hombre, de todas maneras, no...

púsculo matutino pasó á tiempo; la luz solar marchitó los verdes que la noche cubrió de rocío; y, no obstante, el ocaso está lejos aún... Entonces, el pobre caminante se sienta al pie de un árbol, y medita; va perdiendo la ciega fe que antes tuvo en sí mismo; todo le asusta; su alma inquieta padece el cansancio de los que lucharon y la agri dulce y sobresaltada ilusión de los que aguardan. «¡Adelante!» grita en ellos una voz. Y otra responde: «¡Para

qué? Es vano luchar: siempre, á media jornada, te sorprenderá la noche, la noche impenetrable, toda reposo, obscuridad y silencio»...

Yo, Eugenia querida, empiezo á escuchar esa quietud, presentimiento indeciso y amedrentador de otra vida; al propio tiempo que, por opuesto lado, van enmudeciendo una tras otra las voces queridas que cantaron y rieron conmigo. Y esta melancolía, algo romántica tal vez, se acentúa tras los delirantes festivos carnavalescos, durante la Cuaresma, regañosa y austera, en que la Iglesia recuerda cómo la vida es corta. Al día siguiente del último baile, melancolía indefinible pesa sobre todos los pueblos y ciudades: el cura encenizó las frentes devotas; los empecatados, los incorregibles que no maldicen del placer, como ya no pueden seguir divirtiéndose, también están tristes, y su tristeza parece una deserción, una apostasía á la saludable religión de la risa; y un arrepentimiento...

Un episodio vulgarísimo, del que acaso te burles, es lo que me sopla y encumbra hacia estas abstrusas y poco simpáticas divagaciones filosóficas. Mas no importa: lo diré todo: el hecho de conocer lo más grande de mi historia te autoriza á saber también lo más pequeño, lo nimio...

Hoy, después del almuerzo, estaba yo en el comedor examinando los manteles, servilletas, paños, pañuelos y demás ropa blanca que la docella había de planchar durante la tarde. Mi marido se hallaba en el gabinete, vistiéndose para salir. De pronto, me llamó; le pregunté qué deseaba, y me dijo que fuera.

Su voz era imperativa, breve. Transcurrió medio minuto; yo, que no podía dejar lo que entre manos traía, repetí:

—¿Qué quieres?

Y él contestó, siempre impaciente y lacónico, como quien se ahoga:

—Ven pronto; ven...

Pensé: «¿Qué podrá necesitar Alfredo?»

Rápidamente, mientras concluía mi quehacer, recordé que cepillé su ropa y que sus botas de charol estaban limpias. Tampoco podía ser la corbata...

Alfredo repitió:

—¡Joaquina!... ¡Ven!...

Esta vez, su acento fué más imperioso; parecía muy irritado; probablemente no volvería á llamarme. Y yo, ¡estúpida!, proseguí discurriendo:

«Necesitará algún pañuelo? No. ¿Una camisa? Tampoco...»

Y, llena de curiosidad, arrojé la labor sobre una silla, y corrí hacia donde mi marido continuaba vistiéndose. Le hallé en mangas de camisa, parado ante el espejo de un armario y partiéndose los cabellos flemáticamente. Ni siquiera volvió la cabeza para verme...

—¿Qué querías?

No contestó. Yo, creyéndole enfadado, repetí mi pregunta, acercándome á él. Alfredo repuso:

—Ya... nada.

Traicionaban su semblante y su voz nostalgia inexpresable, abatimiento, entrega de algo muy querido.

—¿Cómo!—exclamé—. ¿Llego tarde?... ¿Qué querías?... Habla. ¿Qué necesitabas?

—Mucho... mucho y nada; casi nada. Figúrate... Darte un beso.

Me eché á reír. Aquella humorada me pareció llena de gracia infantil.

—¿Qué ocurrencia!—dije—. ¿Por qué ese antojo?

—No sé...

Insistí. El, conociendo mi curioso ahínco, procuró explicarse; al abrir el armario para coger un cuello, aspiró cierto perfume, un viejo aroma á violetas, que trajo á su memoria dulces recuerdos: con esencia de violetas perfumé yo mi noche de boda...

—Entonces, de repente...—prosiguió Alfredo—, sentí ansia vivísima de besarte; ansia terrible, punzante... como la primera vez. Por besarte hubiera dado la mitad de mi vida.

Según hablaba, la tristeza de su rostro crecía.

—Pues... anda, bésame ahora—contesté, presentándole mis labios.

—Ahora, no. ¿Para qué?

—¿Cómo!

—Porque aquel deseo, el deseo que hace un momento me abrasaba, ya pasó...

Según la impresión del recuerdo iba borrándose, Alfredo recobraba su alegría habitual de hombre sano, encariñado con la realidad y la ilusión. Entonces sufrí la tristeza lancinante del beso perdido.

—¿Dámelo!...—exclamé.

—Imposible—repuso Alfredo—; aquel beso ya pasó; tuvo su momento... El beso que ahora te diera sería distinto...

No sucedió más.

—Ahora bien: ¿qué piensas, Eugenia mía, de cuanto acabo de referir? ¿Dichosa tú si no puedes formular opinión acerca de la obscura filosofía de estas crisis del alma!

Te escribo de noche, y haciendo grandes esfuerzos sobre mi misma para no llorar. La tarde la he pasado en el gabinete, sola y muy mal. Al anoecer, pasó por la calle un vendedor de alcachofas y espárragos. Permanecí algunos instantes perpleja, no sabiendo si llamarle yo misma ó avisar á la

DEL RETIRO



—Pero ¿de dónde viene usted tan tapao?

—Del Retiro.

—¿Hay mucho fresco allí?

—Mucho fresco y mucha fresca.

doncella; el pregón se debilitaba en la distancia; al fin me precipité hacia el balcón; pero ya el vendedor doblaba la esquina, y no podía oír mis susurros.

Así es la felicidad: pasa, cuando más, una sola vez por delante de nuestra puerta, y si tenemos la torpeza de no saber aprovecharla, luego, al precipitarnos hacia ella, encontramos que ya va muy lejos...

EDUARDO ZAMACOIS.

DEL CERCADO AJENO

LOS GRANDES CUENTISTAS

EL PEOR SUPPLICIO Satanás estaba desesperado. El alma de un hombre horriblemente criminal había llegado al Infierno, y el mismo Satanás no hallaba ningún tormento bastante grande para castigarla.

No no la había en aquella espantosa mansión. Las calderas de plomo derretido, las horquillas puestas al rojo blanco, los lechos de agujas, las cubas lle-

DESPEDIDA Y CONSEJO



TINO.

—Bueno. Pues, adiós, Juanito; y mucho ojo... Que andáis por aquellas calles de Madrid, y luego, al volver, parece que habéis perdido el tino y no podéis andar por estas...

nas de víboras, todos eran castigos suaves para aquella alma perversa.

Pero ¿qué horrendo crimen había cometido en vida aquel hombre? ¿Había sido un rey sanguinario, un traidor á su padre, un seductor de doncellas, ó lo que aún es peor, odiaba la música ó detestaba el perfume de las flores?... No se sabía; lo cierto es que era un criminal inconcebible.

Satanás permanecía perplejo, recordando que el bondadoso Dios le tildase de tímido y negligente; hasta los serafines inspectores de los suplicios infernales proponían su destitución. El diablo leyó nuevamente el poema del Dante Alighieri y el de Alejandro Soumet... Nada: aquellos tormentos eran dulcísimos... Ser enterrado vivo en la nieve, nadar en un lago de sangre, recorrer uno por uno todos los crímenes posibles, ver la madre al hijo de sus entrañas arrugado, seco, raquítico, revejido en medio de su niñez... ¡Ca! Decididamente, todo ello era menos que nada. ¿Qué hacer?

—Señor...—dijo una voz que salía de una cuba ardiendo; la voz de un poeta que expiaba en el fuego su afán de cantar el oro de unos cabellos y la nieve de un pecho.

—¿Quién me llama?—preguntó el diablo.

—Yo—contestó el poeta—; yo que os sacaré de este apuro si me concedéis un momento de descanso.

—Está bien; habla.

—Señor, hay en la Tierra, entre los floridos laureles de un balcón, una joven rubia, de ojos azules, que sueña mientras hojea un libro que tiene en la mano sin leerle. Id á verla, y ella os enseñará un nuevo suplicio, el más horrible de todos.

¿Sería cierto?

Satanás se decidió á subir á la Tierra. Abrió sus negras alas, atravesó los espacios tenebrosos y, cerniéndose en el azul brillante, orientó su vuelo al florido balcón donde la joven rubia soñaba entre los laureles con un libro en las rodillas...

¡Oh! No, no era posible; el poeta se había burlado de él: aquella niña gentil no podía concebir ningún pensamiento malo. No, y mil veces no.

Debajo de aquellos cabellos de oro, tenues como hilillos de vaporoso nimbo, brillaban con infinita dulzura sus ojos azules, más limpios que las ondas de los lagos vírgenes; en la nieve de

su frente, tan incomparablemente blanca como el candor de sus ensueños; en su diminuta boca, apenas entreabierta; en el hechizo de su graciosa figura, y en el aire de colegiala á quien nada turba aún, había esa ingenuidad encantadora que de todo se asombra sin maliciar la existencia del mal, y que lloraría si viese una hormiga aplastada en la arena del jardín.

Satanás, pesaroso de haber realizado un viaje tan inútil, pensó retirarse después de revelar á la joven el objeto de su visita. La niña abrió los grandes ojos azules, y, deteniéndole con la mirada, dijo:

—¿Un tormento más horrible que todos los del Infierno?... Pues bien: os lo voy á descubrir.

—¿Cómo! ¿Conoces un suplicio?...

—Sí: un suplicio espantoso.

—¿Y sin fin?—añadió el diablo.

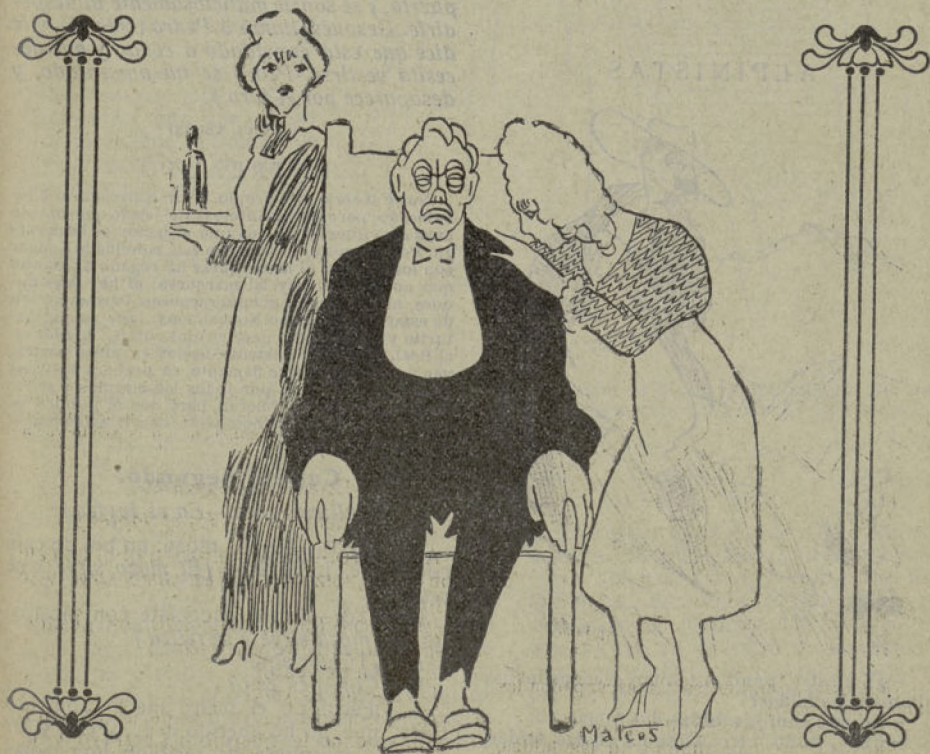
—Sí, infinito... porque queda el recuerdo. Escuchad—dijo la niña, siguiendo con la mirada el vuelo de una blanca mariposa—: Conducid aquí al culpable; aquí, entre estas flores, yo le enseñaré la labor que bordo, el libro de cuentos de hadas donde leo. Pues bien: yo no le miraré, no le sonreiré, y cuando me pida el beso que palpita en mis labios...

—¿Sí!... ¿Entonces!...

—Entonces... Se lo negaré—murmuró la joven con voz dulcísima, que hizo estremecer de gozo á las flores del balcón.

CATULO MENDES.

SOLO, NO



—Mira: luego, tomas las otras gotas, y á la cama.

—Pero ¿solo?

—No, hombre; ya te he dicho que con gotas...

LA NOCHEBUENA EN EL TEATRO

(DIÁLOGOS)

(Personajes (1): Arturito, Juanito, mozo y criados (2).)

(Diálogo primero.—A prima noche. En casa de Arturito.)

JUANITO.—¿Sales esta noche?

ARTURITO.—No tengo otro remedio. ¿Y tú?

J.—Sí; la marquesa me ha rogado que no falte. ¿Y tú?

A.—Los duques se enojarían si yo no asistiese.

J.—¡Qué aburrimiento!

A.—¡Qué fastidio! ¿A qué hora cenas?

J.—Pues, á las doce. ¿Y tú?

A.—A la misma.

J.—¿Y qué hace uno hasta esa hora?

A.—Iré al teatro. En algo se ha de pasar la

ALPINISTAS



—¿Y á estas pendientes tan escarpadas les llamáis las faldas?

—Lo que son: las faldas del Atlas.

—Pues, anda, rico: súbeme tú las faldas, porque estoy rendida.

(1) Que no son personajes, y apenas si llegan á personas.

(2) Que no hablan, ni falta que hace.

noche. Además, ya sabes que necesito ver á Pepa.

J.—Eso haré yo. Veré de matar el tiempo charlando con Carmen.

A.—Por de contado que hoy aquello estará inaguantable: honrados burgueses y respetables horteras ocuparán palcos y butacas, y no tendrá uno con quien hablar durante la representación; porque esas gentes, si no van y oyen toda la comedia, se aburren.

J.—Es claro; para esos es la Nochebuena. A bien que yo no pienso salir del cuarto de Carmen.

A.—Aquello estará más animado. A esos teatrinos de hora va siempre gente de buen humor y aficionada al mujerío... Si no hubiese prometido á Pepa una visita, me iba contigo. Pero ni aun eso. Ahora, á vestirse, y hasta la madrugada.

J.—Lo mismo digo. Que te diviertas mucho y cenes bien. Hasta mañana. (Vase.)

(Arturito acompaña á Juanito hasta la puerta, y se sonríe maliciosamente al despedirle. Después, llama á Pedro (criado), y le dice que está convidado á cenar y que necesita vestirse. Pedro se ha presentado, y desaparece por el foro.)

(CAB EL TELÓN)

ENTREACTO

(No sé si sería más propio decir entrecuadros ó intermedios; pero lo más interesante—dado que en esto haya algo interesante—es que el lector se haga cargo. Por supuesto, ni Arturito está convidado á cenar con los duques; ni la marquesa ha rogado á Juanito que no falte; ni hay tal marquesa, ni hay tales duques, ni tales cenas, ni tales carneros. Pero como eso de estar convidado en Nochebuena, viste mucho, Arturito y Juanito, dos desdichados cursis, águilas en el Real, lifus en la Comedia, necios en todas partes, van á ostentar su frac flamante, su pechera lustrosa y su corbata blanca, por todos los círculos y semicírculos en que los toleran, para que el público se entere de que ellos se hombrean con la aristocracia que da de cenar.)

Cuadro segundo.

(A última hora.—En el Inglés.)

ARTURITO.—Mozo, mozo: un bol de café con leche, bizcochos. (El mozo sirve y se retira.)

JUANITO.—Mozo, chocolate con picatos. (El mozo sirve y se retira.)

A.—¿Tú por aquí?

J.—¿Cómo es esto?

A.—¡Psch! En el teatro me he aburrido tanto, que no he querido ir á... ¿Pero, y tú?

J.—La marquesa ha recibido hoy malas noticias de su madre, y ha suspendido la cena preparada. En casa tendré el aviso que ha pasado á sus invitados; pero como yo salí temprano, no lo he recibido.

A.—Pero, al menos, te habrás divertido en el teatro.

J.—¿Qué había de divertirme? ¡Si aquello tenía más trazas de cementerio que de teatro!

A.—¿Y tu Carmencita?

J.—No me hables de mi Carmencita. ¡Contento estoy con ella! Pretextando que tenía precisión y deseos de cenar con su familia, ha conseguido (porque ella hace lo que quiere del director) que fuesen las primeras las dos piezas en que ella trabajaba, y, á las diez, cáta la fuera del teatro... figúrate tú; yo, que había ido solamente con el propósito de pasar la noche en su cuarto... Te digo que me he puesto de un humor...

A.—¿Y no te invitaron á cenar?

J.—Qué, si son todos muy desatentos y muy... ¿Quieres creer que una caterva de mozallones, primos, tíos y parientes de Carmen invadieron el cuarto alborotando, y ni me saludaron siquiera, cuanto ni más convidarme? Verdad es que yo había empezado por decir á Carmen que cenaba con la marquesa.

A.—Eso la disgustaría; es claro.

J.—No me parece que la hizo buen efecto. Una tontería, por de contado, porque, ya ves, los que vivimos en cierto mundo tenemos compromisos.

A.—Y cuando esa caterva de parientes se llevó á la *diva*, ¿qué hiciste? ¿Por qué no procuraste distraerte?

J.—Lo intenté; pero más me habría valido no haberlo intentado. Aquel no era el teatro de otras noches. Solamente tropecé con puertas cerradas ó con caras tristes; en todas partes el deseo de acabar pronto; de verse de prisa y de largarse cuanto antes. Detrás de unas puertas cerradas percibía yo, no

«rumor de besos y batir de alas...».

que dicen los poetas, sino ruidos de vasos que se chocaban, de botellas que algunos

DE LA ALDEA



—¿Conque cuándo nos va á dar la señorita un día bueno?
—Primero me lo tienen que dar á mí. Es que estas faldas de moda engañan...

descorchaban entre risas y palmoteos escandalosos. En los cuartos, cuyas puertas estaban abiertas, solamente vi caras tristes, semblantes taciturnos, y hasta, ¿lo creerás?, ojos llorosos. ¡Valiente Nochebuena! Si lo que sucede en el teatro no sucede en ninguna parte. Del público no hablamos: un par de docenas de borrachos que habían ido allí á terminar la cena, y que, entre grito y grito, empujaban la bota ó soltaban algún villancico. ¿Y tú? De seguro te has divertido más que yo.

A.—No, amigo de mi alma, no; me he aburrido lo mismo que tú; estoy por decir: más que tú.

DE LOS BARRIOS BAJOS



—Poquito ancha que se ha puesto usted cuando le he dicho que iba a venir yo a acompañarla.

—Anda, ¿yo? No le haga usted caso, que me tienen envidia en el barrio...

J.—¿Y Pepa?

A.—Pepa no ha ido al teatro. Al menos tu Carmen ha trabajado en dos piezas. Pepita envió recado de que estaba mala, y ha sido preciso variar la función a última hora.

J.—¿Es posible que esté de veras mala?

A.—Pepita no está mala nunca. Es que no la ha dado la gana de trabajar; y como el empresario... y ella...

J.—Ya.

A.—Pues, por eso. A mí, después de todo, lo de Pepa me habría importado poco; pensaba haberla saludado, y nada más; pero, chico, si en el teatro no podíamos parar de frío. En las butacas, desperdigados, y como huídos los unos de los otros, estaban hasta diez ó doce concurrentes, muy embozados en sus capas; aquello parecía una estepa. De los rarísimos espectadores que había, unos dormían; otros hablaban en voz alta, y los demás leían periódicos.

El escaso público no hacía caso alguno de los actores; los actores tampoco le hacían del público. Notábase en unos y en otros deseos de que terminase pronto aquello y de que pasase la noche. Solamente había alguna animación en los palcos; pero, ¡ay, Dios mío!, ¡qué palcos aquellos! Los miré uno por uno con mis gemelos, y no hallé ni una cara conocida, ni una persona á quien saludar. Ni Belica Santurce, ni las de Santonto, ni las de Villarrejilla, ni las de Aguafuerte...; nadie, nadie. Es seguro que las gentes de buen tono habían obsequiado con los palcos á su servidumbre, y allí estaban con la boca abierta muchachas plebeyas y mujeres gordas... y hombres imposibles. ¡La debale! vamos, ¡la debale! No; y, mira, entre las muchachas, las había pasaderas, y algo más que pasaderas; pero, hijo, ¡qué trajes!, y ¡qué tocados!, y ¡qué falta de *chic* en todo! Buena gente: todo les parecía de perlas; y unas veces lloraban á moco tendido, y otras reían escandalosamente sin pizca de *pschut* ni nada. No olvidaré nunca esta noche. Tal me ha puesto, que envié recado á los duques y me vine á tomar café.

(*Prosiguen hablando en voz baja, y cae el telón.*)

(FIN DEL CUADRO SEGUNDO Y ÚLTIMO)

A. SÁNCHEZ PÉREZ.



MISTERIO

Habéis abandonado vuestro coche para entrar en la iglesia decidida, y os he visto bastante compungida, á pesar de lo oscuro de la noche.

Habéis tomado de mis dedos largos el obsequio gentil de agua bendida, y os he visto alejaros muy contrita, exhalando suspiros muy amargos.

¿Qué tendrá? ¿Quién será?—me he preguntado— al salir tras de vos, tan embozado, que en vuestra turbación, me confundisteis.

—Al hijo del pecado, á nuestro hijo; id á verlo. Se va á morir, de fijo... Y en el fondo del coche os escondisteis.

ANGEL G. LUGEA.

ARMÍÑO

SE ciñó la mantilla, como una orla, en derredor del rostro; se subió el cuellecito del abrigo, y, atravesando la plaza en busca de la acera menor alumbrada—la obscuridad es una máscara pudorosa que sirve para ocultar muchos impudores—, Caridad, la mujercita nueva, la joven que, obligada por la miseria de la vida, se disponía á hacer su «début» en el escenario del pecado, emprendió su caminata á través del paseo, que se hallaba mal alumbrado, con dispersas lucecitas de gas.

Iba, por primera vez, en busca del pecado; iba á subastar una virgen, á ceder su cuerpecito immaculado al mercader que lo quisiera: á canjear su honor por un pedazo de pan. Ella calculó que debía hacerlo, y lo hacía; sencillamente: sería pan asqueroso, pero pan; á cambio del cuerpo de Dios iba á ofrecer el cuerpo de la virgen.

Hacia un airecillo helador que cortaba; pero ella sentía en la cara una oleada de calor que la hacía sudar: era la vergüenza, la sangre, que le daba el latigazo de protesta bajo la terciopelosa piel de su semblante, y la sentía subir á sus mejillas en arrolladora pleamar de púrpura.

E iba andando Caridad con la vista hacia el suelo. Cuando el pensamiento del delito se levanta á plomo y se posa sobre la conciencia, la mirada se humilla siempre; es mucho el peso que hace un remordimiento sobre las retinas; no tienen éstas fuerza para sostenerlo; claro: son «niñas», femeninas, débiles...

La joven iba al pecado como los antiguos cristianos iban al Coliseo para ser sacrificados por los leones; sabía que suicidaba su honra, pero lo hacía por deber moral: por mantener á tres niños, á tres hermanitos suyos que estaban con hambre; eran su única familia, linda familia menuda, alegría de una casa huérfana. Y como Caridad, antes de dar este paso, había agotado todos los medios que son legales para hallar dinero sin hallarlo, se hizo la reflexión siguiente:

—Bien merecen tres vidas una honra.

Por eso iba al pecado hasta con fervor religioso: como quien va á misa. Y pensando, reflexionó santamente,

fraternalmente, gloriosamente, que la cama que hubiera de sostener las licencias eróticas del delito, tendría para ella honores de altar, y que los besos prohibidos los tomaría como hostias santas.

No obstante, la niña, para agotar todos los recursos morales, viendo pasar un caballero por su lado, extendió la mano y le pidió limosna. Pero vió que el señor siguió su camino sin hacerla caso. Y la manita blanca de aquel ángel pordiosero cayó sin fuerza sobre la falda.

En seguida lloró. Le dió una congoja; tuvo que sentarse en un banco.

Un estudiante que pasaba la vió y se detuvo junto á ella. Sentóse á su lado; la habló; ella le miró frente á frente...

—¡Qué cara de buena tiene usted!

—¿Sí?

Nadie pasaba.

El, repentinamente, por sorpresa, la cogió y la dió un beso.

Ella se retiró como si le hubiesen dado un lavativazo en la cara; pero en seguida, como un corderito, se le aproximó más aún y le brindó los labios.

—Coja usted otro, si quiere; se lo vendo—le dijo.

El, entusiasmado, la besó nuevamente, la rebesuqueó. Luego, cogidos del brazo, como los recién casados, siguieron camino adelante...

La luna, como una alfombra de plata, adornaba el paseo.

Anduvieron mucho, conjugando á

DEL PASEO



—¿No la pone nerviosa que doble tanto la cola el caballo?

—Al contrario: ¡no la dobla todo lo que yo quisiera!

dúo el verbo inagotable del amor, rezándose la plegaria de la juventud; una salve susurrada, musitada, salve á Venus...

Y cuando, en el misterio de un gabinete, iba á consumarse el delicioso sacrificio de la virtud, Caridad, medio desnuda ya, sintió que se le iba la vista, que era imposible.

—¡Lloras?

—No lloro, no. Es que... no lo he hecho nunca... Pero hay tres niños en mi casa, tres angelitos que no comen; son mis hermanitos; ¿sabes?

El, haciendo un violento esfuerzo de voluntad, se puso en pie, cogió el sombrero, y le dijo:

—Te espero en la calle. Adiós.

Y salió.

Después salió también ella; se reunieron en la acera, ante el edificio de la prostitución, y juntos del brazo, como antes, siguieron andando; él, llevando una inmensa satisfacción en la conciencia, y ella, llorando de alegría, de alegría indescriptible.

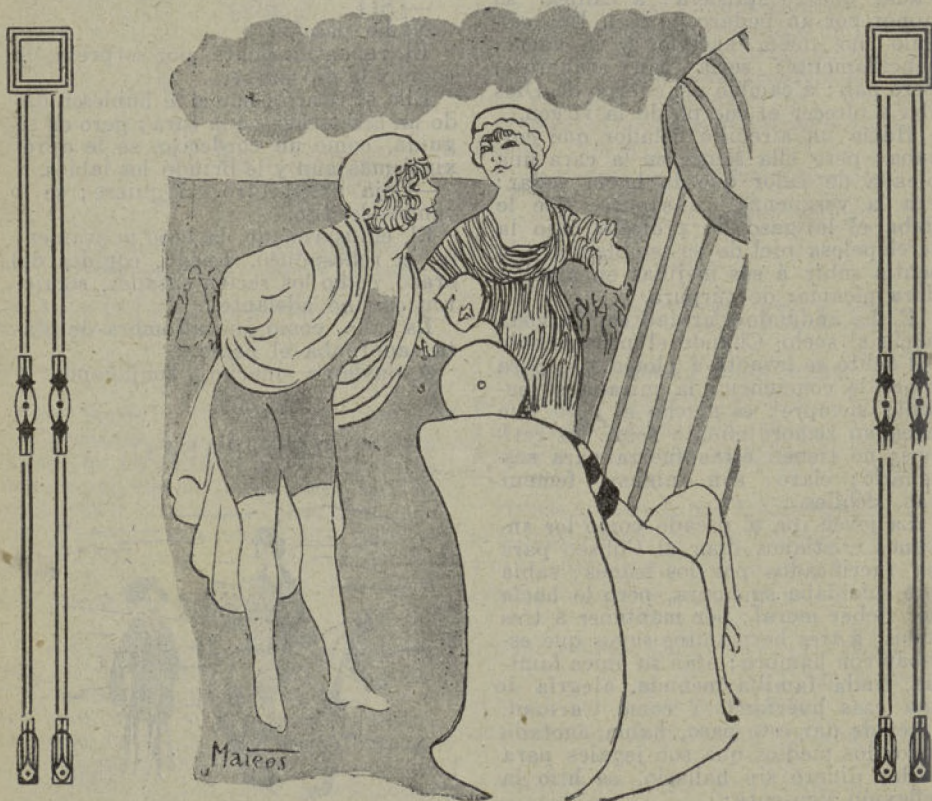
—¡Te amo!—le dijo ella—. ¡Mira: te lo juro por tu madre, por la mía!...

En esto, la gente se detuvo; los transeuntes se arrodillaban al paso de un coche.

Era el Viático: Dios.

FRANCISCO DE LA ESCALERA

EN LA PLAYA



—Estabas tú esta mañana cuando ha pasado al baño de mujeres un bañista loco?

—Sí. Por cierto que no tenía nada de loco, ¿verdad?

—Al revés: yo creo que tenía mucho de cuerdo.

EL DIAGNOSTICO

CARLOS, el terrible enamorado conocedor de los sitios más galantes de Madrid, se había casado. Ella se llamaba Julia, y pertenecía á una buena familia. Fué al matrimonio soñando en una felicidad que le prometía el loco enamoramiento que

DEL MAGIC-PARK



—¿Y dices que el empresario se llama Mímón? —

—Sí, sí... Una cosa así se llama.

sentía por Carlos. En el solitario tálamo que presenció la transformación fisiológica de su pubertad y la larga juventud de soltera, se agitó más de una vez en ansias de goces desconocidos para ella y prometidos en su futuro matrimonio.

Los primeros meses del matrimonio fueron felices, locamente felices. Tal vez lo fueran también los primeros años. Después, pasó la ilusión, los locos deseos de goces que atormentan á los matrimonios en los principios de la vida conyugal, y á los desenfrenos sexuales sucedió un amor dulce, cariñoso...

Más tarde, notaron algo que faltaba

en su hogar: un hijo, que no tenían.

El, preocupado, decidió consultar un médico, y fué á ver á una celebridad, que, después de un minucioso reconocimiento, le dijo que no podía tener hijos.

Pasó algún tiempo, y un día le manifestó su mujer, después de unas cuantas caricias, que estaba encinta.

Carlos, al oír esto, que otro marido lo hubiera escuchado sonriente, sintió erizársele el cabello, y partió como un loco á casa de aquel médico, que le manifestara en cierta ocasión algo que se contradecía con lo que le pasaba en aquellos instantes.

—Usted me ha engañado—dijo al galeno—diciéndome que no podía tener hijos... porque mi mujer está embarazada.

—Yo dije eso de usted; pero de su mujer no dije nada...

Y Carlos, al oír esto, se llevó las manos á la cabeza, comprendiendo la magnitud de su desgracia.

MARIANO PADILLA.



CANTARES BATURROS

Entre «casase» por cuartos y «casase» por carifio, hay la «misma diferencia» que entre el flato y el suspiro.

Bien está que á la mujer Dios tanto encanto le diera... Lo que á mí me «paice» mal es que le diese la lengua.

¿De qué te sirve tener á tres calles tus balcones, si te has de asomar tan chata por cualquier «lau» que t'asomes?

LUIS SANZ FERRER.

Agentes exclusivos en Suramérica,
MASIP Y COMPAÑIA
RIBADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

Establecimiento tipográfico de «El Liberal».

Viuda de José Lerín

encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid (Abada, 22, tienda), reparte toda clase de periódicos y revistas.

ESTABLECIMIENTO
TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
:: Memorias, etc., etc. ::

Marqués de Cubas, 7.-Madrid

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragícos, secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pidase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España) el método explicativo infalible.

ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUÉS

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España. En Madrid, Fe, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por giro postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. — Los quince goces del matrimonio. —
Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, diríjanse únicamente á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.ª derecha, Madrid* (casa fundada en 1896). — *Biblioteca privada.* — Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas. — *Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores librerías y corresponsales de España y América.*